

La caja de Azul





Érase una vez una bebé bella y fuerte llamada Azul. Cuando nació, todo le pareció hermoso. Podríamos decir que lo tenía todo: un papá, una mamá que la cuidaba con mucho cariño y un hermanito que, acostumbrado a jugar como un niño, a veces se pasaba de cariñoso, la abrazaba fuerte y la invitaba a jugar como si ya fuese una niña. Azul era una bebé guapísima, como una cereza en un pastel, pues todas las atenciones iban hacia ella. Se dijo a sí misma: «Bueno, esto es vida y aquí me encanta estar...». ¡Descubrió qué era el amor!

Azul estaba aprendiendo a reconocer las caras, los olores y las voces de su padre, su madre y su hermano. Aprender los del resto de las personas le era muy complicado.

Le gustaba mucho escuchar la voz de su madre, y también la música que ponían en casa. Sin embargo, a medida que Azul fue creciendo, a veces en casa papá y mamá hablaban demasiado fuerte, y desde la cuna escuchaba ruidos y cosas extrañas que, claro, una bebé no entendía para nada. Eso pasaba algunas veces, y Azul no lo comprendía y pensaba: «Bueno, así debe de ser el mundo...». Pero estaba confundida, y descubrió por primera vez el miedo.

Azul tenía dos años y se parecía cada vez más a su hermanito: jugaba mucho con él, aunque algunas veces se quejaba de lo alborotado que era jugando, pero lo quería muchísimo. Azul se empezó a preocupar porque papá y mamá cada vez hablaban más fuerte, y se reían cada vez menos. Ella tenía

dos años, y apenas podía hablar y pedir que le explicaran lo que pasaba. Para ella era todo muy raro, y le comenzaba a molestar. Estaba descubriendo la rabia. Sí, era lo mismo que sentían papá y mamá, el uno por el otro.



Azul comenzaba a hacer amigos fuera de su familia, en el barrio y en el cole. Pero en casa la cosa no iba bien, porque se dio cuenta de que la rabia que tenía sobre todo papá era muy, muy grande. Tan grande que un día se le salió del corazón y se le fue por las manos y por la boca, y le dijo y le hizo cosas muy malas a su madre. Azul descubrió algo terrible, que no sabía cómo llamar, porque era más grande que un enfado. Azul lo llamó *rabia explosiva*.

«Después de eso, ¿qué más?», se decía cuando estaba a punto de dormirse. Lo que más le molestaba era que la rabia explosiva podía aparecer en cualquier momento: le costaba estudiar, dormir y relajarse, estaba nerviosa, pensando todo el tiempo que pasaría algo terrible. Se dio cuenta de que no solo ella lo estaba pasando mal, sino también su hermano y su madre. Tenía muchísimas ganas de que la rabia explosiva dejara tranquilo a su padre, pero no sabía cómo hacerlo. También quería proteger y cuidar a su madre para que no sufriera, y ayudar a su hermanito diciéndole que no se asustara, y que mejor pensara en el partido de fútbol que tenía pendiente. Azul quería saber por qué algunas personas podían llegar a destruir y a decir cosas que a otras personas les dolían.

Una noche, mientras se dormía, se quedó pensando en aquella pregunta. Claro, no podía dormir tranquila tampoco... hasta que finalmente se durmió, y comenzó a soñar con dos magos que parecían dos grandes luces de Navidad. Los magos se sentaron al lado de Azul y, en voz muy baja, uno le

dijo: «Sé lo que te pasa, y sé lo que te gustaría saber: a veces ocurre que los niños creen que lo que pasa en casa es por su culpa, pero no es así; ni tú ni tu hermano sois responsables de esto. Cuando los mayores no son fuertes, se dejan atrapar muy fácilmente por la rabia explosiva».

Y Azul le preguntó: «¿Y cómo sabéis que me siento culpable de

que mis padres sufran?». «Porque casi todos los niños y niñas del mundo se sienten mal al ver a sus padres pelear, y prefieren pensar que es culpa suya». El otro mago dijo: «También sabemos que todos los niños y niñas del mundo tienen una cajita con tres llaves en su corazón donde guardan sus recuerdos, los tristes, los de miedo y cuando sintieron rabia. Cuando sea el momento, la abrirás, para que esa cajita no te vuelva a molestar. Veo en mi bola de cristal algo bueno para ti. No sé exactamente lo que es, pero será bueno para ti.»

Al despertar, Azul se dio cuenta de que su madre no estaba... y se asustó mucho. Pero lo que la sorprendió fue que su madre había ido en busca de ayuda. Sí, había ido a hablar con alguien sobre sus problemas en casa. Nunca antes lo había hecho. No fue fácil para Azul ver a sus papás infelices, pero ahora se daba cuenta de que, aunque su padre también hacía cosas buenas para la familia, hacía muy mal en dejarse atrapar por la rabia explosiva, y él era el único responsable de controlarla. Mientras tanto, ella se quedó pensando en esa cajita guardada en su corazón, esa cajita que ella creía que nadie más tenía. Era como si fuera la única en el mundo, así que esperó a que llegase un buen momento para abrirla.

